



Lighthouse Del Range

Dana  
Hart

El ser humano ha librado una lucha histórica contra los elementos. Por supuesto, ha ido perdiendo. ¿Quién puede entrar en guerra contra el sol, la lluvia, los vientos y las tormentas? El solo hecho de intentarlo ha sido un gran absurdo. Tal vez uno de los mayores. Cuestión que podría explicar el enorme agujero en la capa de ozono, o las grietas en el interior de la tierra.

Si el núcleo se enfría. Si choca un meteorito contra la órbita de la tierra. Si los volcanes entran en erupción. Todo es motivo de temor para los seres de carne y hueso, cuyo esqueleto puede marchitarse, igual que las flores. Qué gran tragedia vivir pensando que todo se puede terminar, en un abrir y cerrar de ojos, con el simple soplo del viento, o el rugido de un huracán. ¿Quién no le teme al mar, cuando golpea con todas sus fuerzas, sobre las orillas?

Así fue como surgieron para empezar, todo tipo de Dioses, en todo tipo de culturas. El Dios del Mar. El Dios del Trueno. El Dios de las Cosechas. Entidades divinas, hechas, a imagen y semejanza, de quienes padecían el temor a sufrir las adversidades del mal clima. Pero de malos tiempos ha sido tapizado el camino. Terremotos que no dejan en pie, ni siquiera las ideas sueltas.

Hubo que inventar una manera, de que la naturaleza no tomara revancha. Y esa única manera, fue reconciliarse con la naturaleza. No más fuegos en los bosques. No más plazas de metal sobre los suelos. No más alcantarillas fulminando las casas de los topos.

Camila Sánchez Posada, a su corta edad, fue quien encontró la manera de reconciliarse con los climas, cuando con una serie de algoritmos y definiciones, logró canalizar las lluvias, los rayos y

los vientos, mediante el uso de una enorme chimenea. Tan alta, como para abrazar al sol. Tan fuerte, como para no dejarse derretir. Hizo los primeros dibujos en una servilleta del comedor, mientras la Señora Nora revolvía los fideos. Era cuestión de hacer cálculos exactos y de tener el tiempo libre como para pensar y crear. No siempre permitido. No siempre fácil de conquistar.

Con su fórmula, podía hacer que las tormentas, se dirigieran hacia un único lugar, lo alto de esa torre. Lo imaginó en su cabeza tan claramente. Pero le costó algún tiempo convencer al resto. Tuvo que hacer diagramas y teoremas, usar un tono de voz científico y hasta alzar el tono de la voz, solo un poco, para darle énfasis a las palabras principales. Al final, le terminaron creyeron.

Cuando comenzaron las construcciones, Camila, personalmente, dedicó sus dos horas diarias de

trabajo a dicha labor. Y el resto de la comunidad dedicó también sus dos horas reglamentarias. Ladrillo por ladrillo fue creciendo la torre, hasta que el humo transparente para purificar el aire, comenzó a salir desde la cima. A nadie se le había ocurrido. No había entrado ni en la cabeza de Leonardo Da Vinci o cualquier gran creador de inventos. Y era en realidad, bastante simple. Doscientos treinta y seis mil, al cubo, dividido seis mil treinta y tres, multiplicado por la superficie área del cielo, elevado a la potencia del viento, y cruzado con la intensidad de un rayo, no para dar vida, como hizo Mary Shelley, sino para conducirlo directo hacia el interior de la torre.

Una vez que estuvo lista, fue ella la primera en sentarse para verla actuar. Quería atrapar a un rayo, y sentir las vibraciones en el suelo, y en las paredes de la torre. Era la única cosa allí que tenía

paredes. A la hora de la lluvia, nadie iba a trabajar. ¿Pero qué pasaba cuando llovía y la gente estaba plácidamente dormida? Ridículo sería que tuvieran que ir corriendo rápidamente, en paños menores, a cobijarse al lugar de resguardo especial, hecho de todas maneras, por las gotas más periféricas que se rebelaban a caer igual.

El primer rayo fue atrapado una mañana de domingo. La alegría fue tan grande, que se paró saltando, y fue ella la que hizo crujir la tierra. Por un momento, parecía que podía hablar el idioma del rayo. El grueso de la tormenta, casi en un 99% fue atrapado igualmente por la chimenea, en un efecto embudo, que hacía que el agua viajara desde lo más alto, hasta el suelo, llenando los pozos que instaló bajo la tierra. Ganando a su vez, un buen contingente de agua perfectamente potable, pura y limpia. ¿Quién no necesita agua

para poder sobrevivir? Transparente y recién caída del cielo.

La comunidad siempre le dio las gracias. Había hecho del cielo, un lugar para no temer, sino para estar. Ahora, se podía dormir bajo el cielo estrellado, sin problema alguno. Se podía trabajar, sin que el sol fuera estresante, porque hasta los rayos más fulminantes, eran atrapados por la torre. Se podía vivir sin temerle a las inclemencias del clima. No hacían falta meteorólogos, ni medidores de temperatura, ni siquiera chaquetas abrigadas. No había que matar a patos, para sacarle sus plumas. Ni a zorros para hacer tapados, como acostumbraban los Neandertales. Bastaba con un short a la rodilla y buen par de medias. Alguna polera liviana, y todo listo. Basta de taparse las cabezas.

Algún efecto traerá, sobre las gentes que pasan su vida, con un techo sobre las sienes. La dificultad para pensar, la dificultad para vivir, la dificultad hasta para respirar. Siempre con la cabeza cubierta, con miedo a los meteoritos salvajes. Gracias a Camila, todo sombrero había pasado de moda. Ni gorras, ni siquiera lentes de sol. ¿Para qué? ¿Para qué vivir con los ojos tapados? Solo una sociedad, muy pero muy trágica, puede pasar el día con los ojos tapados por un par de anteojos negros, a propósito, como si se negara a ver la realidad.

Sin poder observar a las aves volar. A las estrellas fugaces jugueteando con la oscuridad. A las nubes, inventando formas, para no aburrirse en el cielo. ¿Cuántas cosas se nos pasan, por no poder hablar el idioma del Universo?

[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)

